

# No Se Miran

*Monólogo teatral para una actriz*

Autor: **José Luis de Caires Vieira  
(Lee de Caires)**

Duración aproximada: **70 minutos**

Género: **Drama en un acto y seis  
movimientos**

AÑO: **2022**

© 2022 José Luis de Caires Vieira. Todos los derechos reservados. Obra registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual N° 00765-03137249

Este texto se distribuye libremente para su lectura, estudio y valoración. Queda prohibida su representación pública sin comunicación previa al autor.

-Uso educativo (institutos, escuelas de teatro, universidades): gratuito, máximo 2 representaciones por centro, sin taquilla ni caché. Comunicación previa obligatoria: [info@autorleedecaires.com](mailto:info@autorleedecaires.com). Si además me mandas el cartel y alguna foto, me ayudas a documentar la vida de la obra.

-Uso profesional (compañías y productoras): requiere contacto previo y contrato. Condiciones por negociación directa.  
[www.autorleedecaires.com](http://www.autorleedecaires.com) · [info@autorleedecaires.com](mailto:info@autorleedecaires.com)

**Tagline:** El silencio también se hereda.

**Logline:** Dos meses después de la muerte de su madre, Desamparada se sienta por primera vez en su silla de ruedas vacía. Lo que encuentra allí no es el vacío que esperaba.

**Sinopsis:** Desamparada tiene sesenta años. Lleva dos meses sola por primera vez en su vida. Su madre ha muerto, y la silla de ruedas vacía sigue en medio de la sala. Nadie la ha ayudado a guardarla. Nadie llama.

Entre las flores de la virgen, el teléfono que no suena y una caja de cartas que nunca se atrevió a abrir, Desamparada recorre el silencio de su casa. Un silencio que no es suyo. Que viene de atrás. Que pesa como una herencia.

Un monólogo íntimo y desgarrador sobre el cuidado, la culpa, el deseo no vivido y la dificultad de ocupar un lugar propio cuando toda la vida te has ocupado de los demás.

**PERSONAJES**

**DESAMPARADA**      *Mujer alrededor de 60 años. La única voz de la obra.*

***Personajes referidos pero ausentes:***

**PERPETUA**            *La madre. Muerta hace dos meses. Dueña de la silla.*

**FELICIANO**          *El hermano. En la capital. Nunca aparece en escena.*

**DON JOSÉ**            *El párroco. Se escucha su despedida desde bambalinas.*

## **ESPACIO ESCÉNICO**

Un espacio austero. Tres objetos con carga dramática y dos o más muebles neutros. La silla de ruedas, antigua, al centro o ligeramente desplazada. La virgen en su urna de cristal sobre un pedestal. Una mesa con el teléfono y su silla de los años 60. Un banco o cajón neutro donde Desamparada puede sentarse cuando no puede acercarse a la silla.

El escenario tiene tres puertas imaginarias entre las bambalinas. A un lado la puerta de la calle, al otro del escenario la cocina y el pasillo a las habitaciones.

La obra transcurre en la mañana de un día indeterminado de mayo. Interior de una casa de pueblo pequeño o barrio antiguo.

---

## ACTO ÚNICO

### MOVIMIENTO I - EL CUERPO EN EL ESPACIO

---

*El escenario aparece vacío, iluminado. La silla de ruedas, la urna con la virgen, la mesa, el teléfono. Silencio.*

*Voz de Desamparada desde bambalinas. Está al otro lado de una puerta imaginaria, despidiendo a alguien.*

**DESAMPARADA:** Que no, Don José, que no se preocupe. Mañana es domingo y aquí estaré. Y aprovecho para limpiar un poco el cristal de las huellas que ha dejado. Mañana le espero para que la recoja. Adiós, adiós.

*Se oye la puerta. Varios golpes. La madera resiste. El cierre es inevitable y torpe.*

*Entra Desamparada. Se detiene. Mira la puerta como si todavía le doliera el golpe.*

Malditas bisagras. Madre mía, cómo me gustaría tener dinero para arreglarlas. Casi que una lotería para poder pagar a alguien. Si Feliciano fuera un hermano diferente... Bueno, cada uno tiene sus cosas. Él también tiene su propia vida.

*Camina hacia el centro. Mira la puerta. Decide no seguir. Hace un gesto con la mano, como quien aparta algo.*

Tres veces le dije a...

*Para. Decide no terminar la frase.*

*Se gira. Ve la virgen. Se acerca despacio al pedestal. La mira detrás del cristal.*

Otro mayo más. Y parece que el año pasado fue ayer. (tristeza) Menos mal que ha pasado más tiempo. Si fuera hace un mes estaría peor. Con tantas cosas que han pasado... (toca la silla) ...en solo dos meses.

*Se queda un momento quieta. Conecta con la tristeza. Mira a la virgen nuevamente. Se seca las lágrimas casi sin darse cuenta, con el gesto de quien no quiere concederse el llanto..*

*Sale por bambalinas izquierda. Vuelve con un trapo y espray para limpiar cristales. Limpia el cristal de la urna despacio.*

*Te han tratado bien. (examina detrás del cristal) O eso parece desde aquí fuera. Que a ti tampoco te dejan que te toque nadie. (sonríe) Claro, para eso eres Virgen. En cambio yo...*

*Algo en esa frase le roza por dentro. La deja sin terminar. Se gira hacia las flores. Las coge, las huele brevemente, casi sin darse cuenta.*

*A la virgen*

*Ya sabes que no soy de misa pero sí te cuido cuando te traen a casa. Este año será diferente al año pasado. Supongo que ya te has dado cuenta. Ahí falta alguien y no es que esté durmiendo en la habitación.*

*Deja las flores. Se acerca a la silla. La coge y la arrastra lentamente hasta el otro lado del escenario.*

*Si estuviera durmiendo, esta maldita silla estaría allá dentro y no aquí vacía.*

*Llora. Mira a la virgen con dolor y con rabia.*

*Hace dos meses que madre murió y soy incapaz de tirar su silla. Incapaz de mirar su armario, de vaciarlo. No sé qué hacer con su ropa. ¿Dono todo a la iglesia?*

*Mira a la virgen directamente.*

*¿Por qué no me iluminas y me dices qué coño hacer?*

*Pausa. La mira esperando una respuesta.*

*Decepcionada coge la silla. La arrastra lentamente, sin fuerza, desganada, de vuelta al centro del escenario. La deja ahí.*

Me estoy volviendo loca. Ya hasta le hablo a una estatua detrás de un cristal.

*Pausa. Se mira las manos temblorosas.*

Joder, qué duro está siendo esto.

*Vuelve a las flores.*

Las flores están carísimas.

*Pausa*

En mayo del año que viene te puedes olvidar de mí.

*Lo piensa.*

Bueno, a saber dónde estaré yo dentro de un año. Qué va a pasar conmigo, con la casa.

*A la virgen.*

¿Sabes que si no me ayudas no podrás volver? (*reclama*) Tanta fe que te tenemos y en los momentos difíciles te olvidas de nosotras. Mira que madre te rezó cuando se puso malita. Pero tú ni te inmutaste. (*ríe*) Claro, pero si eres una estatua.

*Pausa. Cambio de registro. Mira la silla.*

Por cierto, ese año fue la primera vez que te recibí yo.

*A la silla, casi sin darse cuenta de que ha cambiado de interlocutora.*

La pobre, cómo se le complicó la mordida del perro. Es que ni el azúcar pudiste quitarle. Bueno, ni tú ni tu hijo, que bastante les rezamos.

*A la virgen.*

Se juntaron tantas cosas. Aquí no estábamos preparados para algo semejante. Vivir en los pueblos es complicado. Cuánto más hace 45 años.

*Se queda un momento quieta. Algo se mueve por dentro. Se acerca a la virgen. Se arrodilla. Abre los brazos.*

¿Te acuerdas cómo me arrodillé ante ti y te supliqué que me pasaras la infección a mí? Igual que me arrodillo ahora.

*Llora. Pausa larga.*

No hiciste nada. Nada. (*pausa*) Prefería tener la infección yo que mi madre.

*Se incorpora despacio. Se sienta en la mesa. Claramente conmovida y analizando una posibilidad.*

Quizá no sabías muy bien quién era la hija de quién, ¿verdad? Claro, porque para ti solo una madre puede pedir que le pasen la enfermedad de sus hijos. Ellas antes que sus hijos, ¿verdad?

*Pausa.*

Nunca fuiste hija, solamente fuiste madre. No lo puedes entender. Qué culpa tendrás tú si nunca fuiste hija.

*Pausa más larga. Algo se asienta.*

Te estoy culpando de algo que... Soy hija, claro, pero a veces...

*Casi para sí misma.*

Ahora lo veo. Pensaste que Feliciano era mi hijo. ¿Por eso ha tenido tan buena salud?

*Se queja, con una amargura que casi tiene gracia sin buscarlo.*

¿Pero cómo se te ocurre que mi hermano fuera mi hijo si solo le llevo cinco años?

*Se sienta. Mira al vacío.*

Muchas veces cuando hablo de mi madre, cuando le cuento a las personas lo que le pasó, digo: "Mi hija está en silla de ruedas". A veces digo también mi hermana. "Mi hermana terminó en una silla de ruedas porque le amputaron una pierna". "¿Hermana?", me pregunta la gente. "¿Hija?" Y es cuando me doy cuenta del error. Una se siente fuera de lugar. Una se siente rara.

*A la virgen, recriminando*

Pero con Feliciano no me he equivocado. Nunca he dicho mi hijo. Sé que es mi hermano. Bueno, también sé que mi madre no es mi hija.

*Afectada.*

Ya ni sé quién soy.

*Mira al vacío. Pausa larga. Luego ve las flores en la mesa, todavía sin poner. Algo en ella se reorganiza, no porque el dolor haya cedido, sino porque así funciona ella.*

Ya está bien. Las flores. Es bueno tener quehaceres. Impide que una piense en tonterías.

*Las coge. Las arregla en el jarrón despacio, con cuidado, casi con alivio de tener las manos ocupadas.*

Si no me ocupo yo de las flores, ¿quién lo va a hacer? Es que si no lo hago ya, se van a marchitar antes de que te las ponga. Las compré esta mañana. Y me ha costado porque no estaban muy allá. Le he recordado al chico que si las flores no están bien, que me lo diga el día antes. Así voy a otro sitio. El año que viene... Sigo pensando en el futuro, cuando el futuro le pertenece a Feliciano. A lo que decida qué hacer con la casa y con la herencia de madre.

*Pausa mientras termina de arreglar las flores. Con indignación.*

Con lo que me han costado las voy a dejar poner más pochás.

*Pone el jarrón con las flores a los pies del pedestal, sobre la mesa preparada para ello.*

*Mira desde diferentes ángulos las flores y la virgen. Cambia algunas flores de posición. Vuelve a mirar desde otro punto de vista y vuelve a hacer lo mismo.*

Es complicado esto de colocar estas flores este año. Se ven todas tan mal. Desde cualquier punto de vista.

*Se sienta en la mesa decepcionada. A la virgen.*

Ni sé por qué me exijo tanto. En esta casa no entrará nadie, excepto don José mañana, cuando venga a buscarte. A lo mejor me exijo para que te vea bonita... (*recapacita*) A quién intento engañar. Me exijo para que crea que estoy bien. Que te cuido, que tengo fe. Pero me has fallado.

*Estalla.*

¡Joder! Cómo duele.

*Desamparada sale de escena, a la cocina a buscar agua. El escenario debe quedarse solo, En silencio, quizá el sonido ambiente de una casa, el de la nevera, el de un reloj... El de una casa vacía.*

*Desamparada entra y se sienta en la mesa. Intenta calmarse mientras bebe agua.*

*De pronto se da cuenta de algo. Es un recuerdo. Algo que ha olvidado. Mira a la virgen y se constata que falta algo. Es la oportunidad perfecta para salir de del dolor.*

*Sale nuevamente del escenario, a su habitación.. Esta vez con urgencia. Tarda en volver y cuando lo hace trae consigo una caja de madera, de tamaño mediano. Parecida a una caja de puros.*

*Se sienta nuevamente en la mesa y abre la caja con parsimonia. Saca unos sobres de cartas atados con un cordón rojo que apoya en la mesa. Un cinta al bies de color azul y un rosario.*

## **MOVIMIENTO II - LA VIRGEN COMO ESPEJO**

**DESAMPARADA:** (*a la virgen*) Casi se me olvida ponerte el rosario. Era de madre. Antes fue de la abuela Angustias. Y antes de la bisabuela Dolores.

*Se lo coloca en la urna. Lo arregla una y otra vez y se aleja para ver cómo queda, como si estuviera construyendo una obra artística de alto valor.*

Dolores, Angustias, Perpetua, Desamparada. Menuda procesión de nombres nos pusieron. Desamparada. Más que un nombre parece que fuera un presagio de mi destino. Vaya nombre me puso madre.

*Se acerca a la silla de ruedas. La coge por los mangos, parece prepararse para llevar a alguien.*

Bueno, Perpetua no es que fuera mejor...

*Se acerca a la virgen y le habla a ella.*

En cambio el nombre de mi tatarabuela era el mejor. María de las Virtudes. Qué nombre tan bonito. Virtudes. Cuál hubiera sido mi virtud si me hubieran llamado Virtudes. En plural. ¿Hubiera tenido muchas virtudes? Quién pudiera tener tantas virtudes como ella.

*Se le cambia la cara*

Migueli. La única virtud que tenía se la llevó él... Ni siquiera esa la pude mantener. ¿Y cómo me dejó? Desamparada. ¡Joder! Si es que parece una broma de la vida.

*Silencio*

La tatarabuela Virtudes era una mujer fuerte. Trabajadora. Como yo tampoco tuvo mucha suerte. Ya desde su nacimiento fue rechazada por ser hija ilegítima. No era mi caso, pero tuvo familia, al menos tuvo compañía.

Mira el rosario. Luego mira la silla. Algo se asienta.

Todas sufrieron. Todas callaron. Todas rezaron. Y a todas les fue igual. Como si el sufrimiento también se heredara. Como la nariz, como el color de pelo. Como la diabetes.

*Pausa. Casi con humor amargo.*

Con lo fácil que hubiera sido llamarme Felicidad. Pero no. Eso se lo guardaron para mi hermano. Feliciano. El único que salió bien parado en esta familia.

*Pausa. Sin rencor todavía, más bien con extrañeza.*

Claro que él tampoco lo eligió. Nadie elige su nombre. Nadie elige nacer en una familia así. Él eligió irse. Eso sí que lo eligió.

*Se queda mirando la silla. Se acerca despacio. No la toca. La rodea.*

Madre no eligió nada. Ni el nombre, ni el marido, ni la pierna, ni el perro que la mordió. Ni siquiera eligió morirse cuando le tocaba. Se empeñó en aguantar. Aguantar era lo único que sabía hacer bien. Lo aprendió de la abuela Angustias, que lo aprendió de la bisabuela Dolores.

*Pausa. Más suave.*

Y yo lo aprendí de ella.

*Mira la silla en silencio. Como contándoselo a alguien que no está.*

Un perro. Todo por un perro. Empecé a trabajar con quince. Cuarenta y tantos años trabajando, limpiando escaleras, cargando cubos, doblando la espalda en casas ajenas. Y todo por un perro de un vecino que mordió a madre.

*Pausa.*

Fue una herida pequeña. Una herida de nada. Pero claro, nadie sabía que tenía azúcar. Ella tampoco lo sabía. Y cuando lo supimos ya era tarde para la pierna. Fue tan duro cuando la vi sin la pierna. Si padre estuviera con nosotros, hubiera sido diferente.

*Casi para sí misma.*

Si hubiéramos tenido más medios, hubiera sido diferente. Si hubiera vivido más cerca de un médico, hubiera sido diferente. Si alguien le hubiera hecho antes un análisis de sangre. Trescientas pesetas. Un análisis de sangre costaba trescientas pesetas. O nada si el centro de salud estuviera en el pueblo y no en la capital. Si todo eso fuera diferente mi nombre o sería un sino.

*Pausa larga. Con una rabia quieta.*

Pero vivir en los pueblos tiene un precio. Y ese precio lo pagó ella con la pierna y yo con mi vida.

*Se sienta en la mesa. Mira sus propias manos.*

Yo me reviso. Cada año. Por si acaso. Porque la diabetes también se hereda. Como el sufrimiento y como los nombres.

*Sigue mirando sus manos. Las abre y las cierra despacio.*

Las manos. Lo único que tengo. Cuarenta años fregando, restregando, retorciendo bayetas. Y todavía me responden.

*Pausa.*

Las rodillas ya no tanto. Por las mañanas tardo un poco en arrancar. Como los coches viejos. Pero arranco.

*Casi con humor, pero debajo hay miedo.*

El día que no arranque... ese día sí que estoy perdida. Porque no tengo pensión. No tengo contrato. No tengo nada oficial. Cuarenta años trabajando y el Estado no sabe que existo.

*Pausa. Mira a la virgen.*

Madre tampoco tenía mucho. Pero por lo menos tenía la pensión de viudedad de padre, que aunque no daba para mucho, para pagar la luz alcanzaba. Por eso empecé a limpiar yo, para que Feliciano pudiera estudiar. Él apenas tenía diez años. Era un niño.

*Lo dice sin dramatismo. Como un hecho.*

Y estudió. Por suerte fue un buen estudiante. Y llegó a la universidad. Terminó la carrera y se fue a Madrid. Madre no tenía ojos para nadie como los tenía para él. Y a decir verdad, yo también. Me siento muy orgullosa.

*Silencio. Mira la caja de madera todavía abierta en la mesa. Ve las cartas atadas con el cordón rojo. Las toca sin abrirlas.*

Madre guardaba todo. Hasta las cartas que nunca mandó.

*Mira las cartas sin abrirlas. Con orgullo genuino, sin trampa.*

El primero de la familia en ir a la universidad. Eso no es poca cosa. En este pueblo la gente no iba a la universidad. La gente se quedaba. A trabajar el campo, a limpiar, a casarse y a tener hijos pronto. Eso era la vida. Eso era lo que tocaba.

*Pausa.*

Feliciano rompió eso. Y algo de ese mérito es mío. Una parte pequeña, pero mía.

*Se le cambia la cara. Más despacio.*

Claro que si padre no se hubiera muerto... quizás hubiera podido ir yo también.

*Silencio. Por primera vez lo ha dicho en voz alta. Le pesa.*

Tenía siete años cuando murió. Feliciano dos. Y de la noche a la mañana madre se quedó sola con dos hijos y una pensión de viudedad que no alcanzaba para nada.

*Pausa. como si recordara algo que le parece normal, porque siempre le pareció normal.*

Y yo dejé de tener siete años. Pues porque había que cuidar a Feliciano. Madre trabajaba. Salía temprano y volvía tarde. Y alguien tenía que estar con el niño. Darle de comer, cuidarlo, bañarlo, acostarlo.

*Pausa.*

Yo qué sé, lo que hacen las madres.

*No se da cuenta de lo que acaba de decir. Sigue.*

Y luego había que atender la casa. Que si la compra, que si la cena, que si la ropa limpia. Madre llegaba tan cansada que lo único que podía hacer era sentarse y llorar un poco antes de dormirse.

*Pausa. Más suave.*

Yo no quería que llorara. Así que intentaba que cuando llegara todo estuviera hecho. Para que no tuviera que preocuparse de nada más.

*Silencio. Casi con ternura hacia esa niña que fue.*

Con siete años. Ocho. Nueve. Con quince años. Con esa edad fue lo peor. El perro del vecino, la amputación de la pierna.

*Pausa*

Supongo que ahí fue cuando dejé de tenerlos. Cuando dejé de tener una vida. Cuando dejé de tener un futuro, tal vez. O el futuro dejé de tenerlo cuando nací, con esta herencia que pesa, que duele... con el futuro marcado por el pueblo y la familia. No estoy segura de que sea así, pero no pude hacerlo de otra manera. O no supe, quién sabe.

*Silencio. Desamparada pierde la vista en sus propios pensamientos.*

*De la caja de madera, coge la cinta azul. La sostiene entre los dedos.*

La cinta del bautismo de Feliciano. Bueno, lo que quedó de él.

*Pausa.*

Cuando murió padre tuvimos que vender el traje. (a la Virgen) Era de los buenos, de los de verdad. Lo que dieran por él, lo que fuera. Había que comer. Cualquier dinero extra que se consiguiera sería bueno.

*Mira la cinta.*

Pero antes de venderlo le corté la cinta que iba por la cintura. Ni siquiera sé muy bien por qué lo hice. Bueno, sí, para que Feliciano tuviera un recuerdo de su bautizo. Para que cuando fuera mayor tuviera al menos esto. Una cinta de su trajecito. Recuerdo que estaba lleno de encajes. Eran otras épocas, cuando padre vivía todo era diferente.

*Pausa. Casi con humor triste.*

Feliciano ni sabe que existe. Nunca se la he dado. Él tampoco me la ha pedido. (*sonríe de su propia ocurrencia*)

*La deja en la mesa despacio.*

Yo no tengo nada de mi bautismo. Ni una foto.

*Mira la cinta en la mesa. Luego mira al vacío.*

Bueno, de mi bautismo sí que había una foto. Una sola. Donde estábamos madre, padre y yo. Los tres. Padre con el traje de los domingos que le quedaba grande. Madre con el vestido azul que se hizo ella misma.

*Pausa.*

No sé dónde está esa foto. Supongo que en alguna caja de las de madre. De las que todavía no he podido abrir.

*Silencio. El padre aparece por primera vez con peso.*

Padre. Con siete años se me fue y todavía no entiendo muy bien quién era. Los recuerdos que tengo son vagos. Las manos grandes. El olor a tabaco. Que cuando llegaba a casa yo corría hacia él y él me levantaba del suelo. Yo era feliz cuando me hacía volar por los aires. Me sentía una princesa.

*Pausa.*

Eso se acabó un martes. Volvía de una noche de fiesta y el corazón dijo basta. Cuarenta y dos años tenía. Murió en la calle de aquí atrás, cerca de la iglesia.

*Casi para sí misma.*

Es raro, porque cuando madre hablaba mal de él, a mí se me revolvía el estómago y tenía que irme de su lado para no escucharla. Pero a veces pienso que si hubiera llegado a conocerle de verdad lo hubiera odiado. Era un hombre de su época. Machista, bebedor, no paraba en casa. Pero era padre. Y con siete años una no odia a su padre. Con siete años una solo echa de menos los momentos cuando llegaba a casa, con su alegría y su olor a tabaco.

*Pausa larga.*

Creo que de alguna manera sigo queriendo recordarlo como un héroe.

*Desamparada mira las cartas atadas con el cordón rojo. Las coge. Las sopesa un momento, como si tuvieran peso real. Las coge todas y se levanta. Se acerca a la virgen y le habla directamente.*

Son muchas. Las he visto toda mi vida cuando madre sacaba el rosario de la caja, pero nunca me he atrevido mirar qué es. Tampoco le había preguntado a madre de quién eran.

*Desata el cordón despacio. Las cuenta sin contarlas, pasándolas entre los dedos.*

Todas con la letra de madre.

*Mira el destinatario de la primera. Se queda quieta.*

Son para padre.

*Pausa larga. No entiende todavía.*

Pero padre murió cuando yo tenía siete años. ¿Para qué le escribe madre a...?

*Mira la fecha. Algo se mueve por dentro.*

Esta es del setenta y ocho. Padre murió en el setenta y dos.

*Silencio. Lo está procesando.*

Le escribía después de muerto.

*Abre el sobre despacio, casi con miedo. Saca la carta. La despliega. Lee en silencio primero. Su cara cambia.*

*Lee en voz alta, despacio.*

"Antonio. Hoy Desamparada ha fregado la escalera de los Martínez sin que yo se lo pidiera. Con doce años. Doce años tiene nuestra hija y ya friega escaleras ajenas. No sé si sentirme orgullosa o morir de pena. Las dos cosas, creo."

*Para. No puede seguir leyendo.*

Me vio. Me vio y no me dijo nada.

*Pausa.*

*Abre otra carta. Busca. Lee un fragmento.*

"Te odio por haberte muerto. Te odio por dejarme sola con esto. Por las noches cuando no puedo dormir te maldigo. Y luego me arrepiento y te rezo. Y luego vuelvo a maldecirte."

*Sonríe sin querer.*

Madre.

*Suave, casi con ternura.*

Toda la vida tan callada. Y mira lo que tenía dentro.

*Deja las cartas en la mesa. No puede seguir. Las mira.*

No sabía que le echaba tanto de menos. Nunca lo dijo. Nunca dijo su nombre delante de nosotros sin que fuera para quejarse de algo. Y resulta que le escribía cartas.

*Pausa larga.*

¿Cuántas cosas guarda una persona que nadie ve?

*Se mira las manos. Casi para sí misma.*

Cuántas cosas guardamos.

*Desamparada se queda mirando las cartas un momento. Luego las ata de nuevo con el cordón rojo. Despacio, con cuidado, como quien devuelve algo a su sitio.*

No es el momento.

*Pausa.*

O igual sí es el momento y no tengo valor. Las dos cosas pueden ser verdad.

*Las deja en la mesa. Mira la caja. Mira a la virgen.*

Toda la vida pensé que madre no quería a padre. Que lo había borrado. Que cuando murió fue un alivio, casi. Porque dejó de beber, dejó de llegar tarde, dejó de gastar lo que no había. Y ella nunca lo contradijo. Nunca dijo que lo echaba de menos.

*Pausa.*

Pero le escribía cartas. Durante años. Cartas que no mandó porque no se pueden mandar cartas a los muertos. Las guardó en una caja de madera que me dejó a mí.

*Se queda quieta con eso.*

¿Me las dejó a mí a propósito?

*Pausa larga.*

¿Sabía que las iba a encontrar?

*Mira a la virgen.*

¿O simplemente nunca pensó que se iba a morir y no tuvo tiempo de quemarlas?

*Silencio. Algo se asienta despacio.*

No lo voy a saber nunca. Como tantas cosas.

*Se levanta. Camina un poco. Se para cerca de la silla sin tocarla.*

Madre tampoco me contó nada. En eso nos parecemos mucho. En guardar.

*Mira la silla. Luego aparta la mirada.*

*Vuelve a la mesa. Se sienta. Coge el vaso de agua. Está vacío. Lo mira como si esperara que se llenara solo.*

En esta casa siempre hubo mucho silencio. De ese silencio que pesa. Que ocupa los rincones.

*Pausa.*

Cuando era pequeña pensaba que todas las casas eran así. Que en todas las casas la gente comía sin hablar, que en todas las casas había cosas que no se nombraban. Que en todas las casas la madre llegaba cansada y el silencio era lo normal.

*Pausa.*

Luego fui a trabajar a casa de los Montilla. Tenía quince años. Y vi que no. Que había casas donde la gente se reía en la mesa. Donde el padre preguntaba cómo te había ido el día y esperaba la respuesta de verdad. Donde la madre cantaba mientras cocinaba.

*Pausa. Sin rencor, con extrañeza.*

Me quedé mirando como una tonta la primera vez que los vi así. Como si estuviera viendo algo de otro planeta.

*Silencio.*

Estuve interna en esa casa cuatro años. Limpiando, cocinando, cuidando a sus hijos. Y en esos cuatro años aprendí más de lo que es una familia que en toda mi vida anterior.

*Pausa. Algo amargo.*

Una familia ajena. Lo que tiene la vida.

*Mira la caja de cartas.*

A lo mejor por eso madre le escribía a padre. Porque en voz alta no sabía. Porque nadie le había enseñado. Porque en su casa tampoco se hablaba.

*Pausa larga.*

Y así vamos pasándolo. De madre a hija. El silencio también se hereda.

*Se levanta. Camina despacio por el espacio. Como si necesitara mover el cuerpo para seguir pensando.*

Cuatro años en casa de los Montilla. Y luego otras casas. Otros señores. Otras familias.

*Pausa.*

Siempre mirando desde dentro pero desde fuera. Estás en su cocina, en su salón, en su intimidad. Lo ves todo. Los problemas, las peleas, las reconciliaciones. Sabes cuándo el matrimonio va mal. Sabes cuándo hay dinero y cuándo no lo hay aunque lo finjan. Una limpiadora sabe todo de una familia.

*Casi con humor.*

Todo. Hasta lo que no quieren que sepa nadie.

*Pausa. Se le borra la sonrisa.*

Pero ellos de ti no saben nada. Ni el nombre a veces. "La chica de la limpieza" o "La chica". Cuarenta y cinco años siendo "La chica".

*Silencio.*

Había una señora. La señora Concha. Yo llevaba doce años limpiando en su casa. Doce años. Y un día me presentó a su hermana que había venido de visita. "Esta es..." Y se quedó parada. Se había olvidado de mi nombre.

*Pausa.*

Doce años.

*Lo deja en el aire. Camina hasta la virgen.*

Tú sí sabes mi nombre. Aunque solo sea porque te lo digo yo cada mayo.

*Pausa. A la virgen, casi en confidencia.*

A veces pienso que las únicas que me conocen de verdad son las personas a las que cuido. Madre. Y tú.

*Silencio largo. Algo ha cambiado en el aire.*

Hablo contigo, pero me hace bien hablar con alguien, aunque sea con una estatua.

*Se da cuenta de lo que ha dicho.*

Joder, qué sola estoy.

*Lo dice sin dramatismo. Como quien constata el tiempo que hace.*

*Pausa larga. Se queda con esa frase flotando. Qué sola estoy. Como si ella misma se sorprendiera de haberla dicho en voz alta.*

Nunca lo había dicho así. Con esas palabras.

*Pausa.*

Bueno, pensarlo sí. Pero decirlo...

*Mira a la virgen.*

Es que una se acostumbra. A estar sola, pero sin llamarlo soledad. Una lo llama tranquilidad. Lo llama independencia. Lo llama que mejor sola que mal acompañada. Y así vas tirando sin ponerle el nombre que tiene.

*Camina despacio hacia la mesa. Se sienta.*

Cuando estaba madre no me sentía sola. Aunque no habláramos mucho. Aunque fuera yo quien cuidara de ella y no al revés. Aunque a veces me agotara tanto que me iba a la cama sin cenar para no tener que hacer nada más.

*Pausa.*

Era su respiración. Por las noches se oía desde mi cuarto. Y yo sin saber que la estaba escuchando, la escuchaba. Y eso era suficiente.

*Silencio.*

Ahora por las noches no se oye nada. Solo la nevera. Y el reloj. Y yo.

*Pausa larga.*

La primera noche después del entierro no pude dormir. Me levanté a las tres de la mañana y fui a su cuarto. Me senté en su cama. Olía todavía a ella.

*Se le quiebra un poco la voz. Pero no llora. Se contiene.*

Me quedé allí hasta que amaneció. Sin hacer nada. Solo sentada.

*Pausa.*

Desde entonces no he vuelto a entrar.

### **MOVIMIENTO III - EL TELÉFONO**

*Mira el teléfono desde donde está. Sin moverse todavía.*

Feliciano llamaba. De vez en cuando. Cada dos o tres meses.

*Pausa.*

Siempre la misma pregunta. "¿Cómo está madre?" Pero dicho de una manera... Como quien pregunta si sigue lloviendo. Como si fuera información del tiempo.

*Pausa.*

Yo sabía lo que me estaba preguntando de verdad. Si había muerto ya. Si podía dejar de llamar.

*Sin rencor todavía. Solo constatando.*

Nunca preguntó cómo estaba yo.

*Silencio. Mira el teléfono.*

Los pequeños llaman a los grandes. Eso es lo que hay. Siempre fue así y no voy a cambiarlo yo ahora.

*Pausa. Algo se mueve.*

Aunque quizás debería llamarle. Hay cosas que hablar. La casa. La herencia. Lo que viene.

*Se acerca al teléfono. Lo coge. Lo sostiene un momento. Empieza a marcar. Despacio. Un número. Otro. Para. Mira el teléfono en su mano.*

¿Y qué le digo? ¿Feliciano, tenemos que hablar de la casa?  
¿Feliciano, qué vas a hacer conmigo?

*Pausa.*

Qué vas a hacer conmigo. Como si fuera un mueble. Como una silla.

*Deja el teléfono. No cuelga. Lo deja en la mesa con la llamada a medias.*

No puedo. Todavía no puedo.

*Pausa. Se sienta.*

Es que no sé cómo se le dice a tu hermano que tienes miedo. Que llevas dos meses sola por primera vez en tu vida y que no sabes qué va a pasar. Que la casa no es solo tuya pero es lo único que tienes. Que sin esta casa no tienes nada. Ningún sitio donde ir.

*Pausa larga.*

Feliciano tiene su casa. Su mujer. Sus hijos. Su vida entera construida en Madrid. Él no necesita esta casa para nada.

*Casi en susurro.*

Pero a lo mejor la quiere vender. Cada uno conoce su economía.

*Se queda mirando el teléfono en la mesa. La llamada a medias.*

Si la vende...

*Para. No termina.*

Con lo que me ha costado esta casa. No en dinero, que en dinero no he puesto nada porque no tenía nada que poner. Pero en años. En años sí.

*Pausa.*

Los arreglos del baño. Las goteras del techo que tardé tres años en poder pagar. La caldera que se rompió en enero, con el frío que hacía. Y yo llamando a Feliciano para decirle que había que cambiarla y él diciendo que sí, que claro, que lo que hiciera falta. Pero el dinero lo puse yo. Como siempre.

*Pausa. Con una rabia que empieza a asomar.*

Nunca me pidió los recibos. Nunca me preguntó cuánto me debía.

*Silencio.*

Y yo tampoco se los di. Porque los pequeños le piden cuentas a los grandes. Porque es su obligación. Él es el pequeño y el que debía. Tenía que preguntar, no yo pedir.

*Se levanta. Camina.*

Cuántas veces me dije que algún día hablaríamos de todo esto. Que cuando madre muriera nos sentaríamos Feliciano y yo y hablaríamos. Como adultos. Como hermanos.

*Pausa.*

Madre murió hace dos meses y Feliciano se fue al día siguiente del entierro. Con su mujer, con sus hijos. Me dio un abrazo en la puerta y me dijo que cualquier cosa que necesitara que le avisara.

*Pausa larga.*

No he sabido nada de él desde entonces.

*Mira el teléfono.*

Y yo aquí, sin poder marcar su número entero.

*Silencio largo. Desamparada y el teléfono. Los dos quietos.*

Es que le quiero. Eso es lo peor. Que con todo, le quiero.

*Pausa.*

Si no le quisiera sería más fácil. Le llamaba, le decía lo que hay, le exigía lo que me corresponde y listo. Pero es que le veo y se me cae el alma a los pies de quererle.

*Pausa.*

Cuando apareció en el entierro... Llevaba no sé cuántos años sin verle. Y entró por esa puerta y me pareció que tenía doce años otra vez. El mismo pelo, los mismos ojos. Un poco más gordo, un poco más gris. Pero era él.

*Se le escapa algo de ternura.*

Me dio un abrazo que no me esperaba. De esos abrazos largos. Y yo me quedé tiesa como un palo porque no supe qué hacer. Porque llevaba tanto tiempo sin que nadie me abrazara así.

*Pausa. Se da cuenta de lo que acaba de decir.*

Tanto tiempo sin que nadie me abrazara.

*Silencio.*

Y encima le tengo que agradecer el abrazo al hombre que lleva veinte años sin aparecer. Que llamaba cada tres meses a preguntar si madre seguía viva. Que se fue al día siguiente del entierro.

*Con una mezcla de rabia y ternura que no se resuelve.*

Pero qué abrazo me dio. Joder.

*Pausa larga.*

Así es imposible odiarle.

*Se sienta. Mira sus manos. Luego mira al vacío.*

Yo le crié. Eso es lo que hay. Le crié y se fue. Y lo entiendo. De verdad que lo entiendo.

*Pausa.*

Porque si yo hubiera podido, también me hubiera ido. Si hubiera tenido la oportunidad que tuvo él, también habría hecho las maletas y me hubiera largado de este pueblo sin mirar atrás.

*Pausa. Con honestidad.*

Quizás.

*Silencio.*

No lo sé. Quizás no hubiera podido. Quizás hubiera llegado a Madrid y a los tres meses estaría llamando a madre para volver. Porque una cosa es querer irse y otra cosa es saber vivir fuera.

*Pausa.*

Feliciano supo. Encontró trabajo, encontró mujer, encontró vida. Construyó algo desde cero en un sitio donde no conocía a nadie. Eso tiene mérito. Eso sí que lo reconozco.

*Pausa más larga. Algo más oscuro.*

Lo que no tiene mérito es olvidarse de dónde vienes. De quién te puso ahí.

*Se levanta. Camina hacia la silla. La rodea despacio sin tocarla.*

Madre le defendía siempre. "Es que tiene mucho trabajo." "Es que los niños." "Es que la vida en Madrid es muy cara." Siempre había un "Es que".

*Pausa.*

Yo también le defiendo. Mírame. Aquí estoy, buscándole razones.

*Se para. Se mira a sí misma casi con humor.*

Somos iguales madre y yo. En eso también nos parecemos.

*Silencio. Se queda cerca de la silla pero sin sentarse.*

Lo que pasa es que madre le quería como madre. Y yo le quiero como madre aunque sea su hermana. Tenía dos madres, pero la verdadera no era suficiente para él porque no lo miraba, sólo miraba la pierna que había perdido. Y yo sí que era suficiente para él, pero no era su madre. Muy triste también su vida.

*Pausa larga.*

Y él lo sabe. En el fondo lo sabe. Por eso no llama. Porque llamar duele. Porque esta casa le recuerda todo lo que recibió y no quiso y todo lo que no dio. Y es más fácil no llamar. Lo entiendo.

*Pausa.*

Yo lo entiendo. Hasta en eso le entiendo.

*Silencio largo. Mira el teléfono.*

Pero entender no quita el dolor ni calma la rabia.

*Se queda mirando el teléfono. Luego mira a la silla, a la virgen. Todo en el mismo espacio pequeño.*

Dos meses. Dos meses desde el entierro y el teléfono no suena. Ni una llamada. Ni un mensaje. Nada.

*Pausa.*

Al principio pensé que era el duelo. Que necesitaba tiempo. Que ya llamaría cuando se asentara todo. Que somos así en esta familia, que el dolor lo procesamos solos y en silencio.

*Pausa.*

Pero dos meses es mucho silencio.

*Camina hacia la ventana. Mira fuera sin ver nada.*

A veces me pregunto qué estará haciendo ahora mismo. Si estará en el trabajo. Si habrá llevado a los niños al colegio. Si su mujer sabrá lo que pasó aquí, lo que dejó aquí.

*Pausa.*

Su mujer. Nunca me ha caído mal. Tampoco bien. Es una desconocida que se casó con mi hermano. Una mujer que tiene una cuñada que limpia casas en un pueblo y que existe solo cuando alguien se muere.

*Sin rencor. Solo con la tristeza de lo que es.*

En la boda madre se sentó en la mesa de los novios y yo me senté en una mesa con gente que no conocía de nada. Gente de Madrid, amigos suyos. Me preguntaron que a qué me dedicaba y cuando lo dije hubo un silencio de esos que dicen mucho.

*Pausa.*

Feliciano no me sacó de esa mesa en toda la noche. Ni siquiera vino a hacerse una foto conmigo y con madre.

*Silencio largo.*

Eso también lo guardo. Como madre guardaba las cartas. Como guardamos todo en esta familia.

*Mira la caja de madera.*

A lo mejor tendría que escribirle yo también una carta. Una que no le mandaría nunca.

*Pausa. Casi con humor triste.*

Así cuando me muera y alguien abra mis cajas se lleva una sorpresa.

*Mira la habitación. Las paredes. El techo. Como si la estuviera viendo por primera vez o por última.*

Esta casa. Cuarenta años entre estas paredes. Bueno, no seguidos. Pero casi. Cuando me fui a trabajar interna volvía los fines de semana. Luego, cuando madre empeoró, volví del todo. Y aquí me quedé.

*Camina despacio por el espacio. Lo recorre sin prisa.*

Conozco cada rincón. Cada grieta. Cada mancha en la pared que no hay manera de quitar. Esa humedad del rincón de la cocina que viene de arriba y que nadie sabe de dónde sale exactamente. La baldosa del pasillo que suena diferente cuando pisas encima.

*Pausa.*

Una casa es eso. No son las paredes. Son las baldosas que conoces de memoria. Son las grietas que ya no ves porque llevan tanto, tiempo que forman parte del paisaje.

*Se para en el centro.*

Y esta casa no está a mi nombre. Nunca lo estuvo. Era de madre. Y ahora es de los dos. De Feliciano y mía. Supongo.

*Pausa.*

Supongo. Qué palabra tan grande.

*Silencio.*

No hemos hablado de la herencia. No hemos hablado de nada. Feliciano se fue al día siguiente del entierro y la herencia se quedó aquí flotando como el polvo. Como esa humedad de la cocina que no se sabe de dónde viene.

*Pausa.*

Hacienda no espera. Eso sí lo sé. Hacienda nunca espera.

*Camina hacia el teléfono. Lo mira.*

Y yo no tengo dinero para pagar lo que me toca. No tengo ahorros. No tengo nada guardado. Cuarenta años trabajando y no tengo nada guardado.

*Pausa. Con una rabia quieta y profunda.*

Porque todo lo que ganaba se fue en esta casa. En madre. En arreglos. En facturas. En Feliciano cuando necesitaba algo y no llegaba.

*Silencio.*

Y ahora resulta que la mitad de esta casa es suya. La mitad de estas grietas, de estas humedades, de estas baldosas. La mitad de todo lo que yo mantuve sola durante años.

*Pausa larga.*

¿Y si decide vender?

*Lo dice en voz alta por primera vez del todo. Le pesa en la boca.*

¿A dónde voy yo? ¿Con qué? ¿A mis sesenta años, sin contrato, sin pensión, sin nada oficial. A dónde voy.

*Silencio largo. No es una pregunta. Es un abismo.*

No lo puedo pensar. No puedo.

*Se sienta. Se tapa la cara con las manos un momento. Luego las baja.*

Y sin embargo no pienso en otra cosa.

*Silencio muy largo. Algo cambia en el aire. Desamparada se queda muy quieta. El espectador no sabe qué va a pasar.*

#### **MOVIMIENTO IV - EL SILENCIO Y EL NOVIO**

*El espectador espera. La incomodidad crece.*

*Pasa tiempo.*

*De repente, algo. Una sonrisa pequeña, inesperada. Como si un recuerdo hubiera aparecido sin permiso.*

*La sonrisa dura poco. Se le llenan los ojos.*

*Llora. No aparatosamente. Despacio. Como quien lleva mucho tiempo sin hacerlo y el cuerpo ya no sabe muy bien cómo se hace.*

*Se seca los ojos con el dorso de la mano. Casi con vergüenza.*

**DESAMPARADA:** Perdona. (a la virgen) Es que me acordé de una cosa.

*Pausa.*

De alguien.

*Silencio.*

Migueli se llamaba.

*Pausa. Algo en ella se abre.*

Migueli. Cuántos años sin decir ese nombre en voz alta.

*Camina despacio. Sin dirección.*

Tenía yo veinte años. Trabajaba en casa de los Herrera entonces. Él era el sobrino de la señora. Venía los domingos a comer.

*Pausa.*

Guapo no era. Bueno, para mí sí. Para mí era lo más guapo que había visto en mi vida. Tenía una manera de reírse que te entraba por dentro y no había manera de sacarlo.

*Pausa. Más suave.*

Me miraba. Eso es lo que recuerdo más. Que me miraba. Y yo no estaba acostumbrada a que nadie me mirara así. Como si fuera alguien. Como si valiera la pena mirarme. Duró poco. Unos meses. Luego quiso lo que quería y cuando lo tuvo desapareció. Así de sencillo. Así de cruel.

*Pausa larga. Sin rabia. Con algo más hondo.*

Lo que más me dolió no fue que se fuera. Lo que más me dolió es que yo no supe que eso estaba mal. Pensé que era normal. Que así funcionaban las cosas entre un hombre y una mujer. Nadie me había explicado nada. Madre no hablaba de esas cosas. En el pueblo no se hablaba. Y yo no tenía con quién comparar.

*Silencio muy largo.*

Mi cuerpo fue deseado una sola vez. Y fue para quitarme algo.

*Lo dice sin dramatismo. Es lo más desnudo que ha dicho en toda la obra.*

*Silencio. Se queda quieta con eso. Sin moverse. Dejando que el silencio lo sostenga.*

Luego le esperé. Eso es lo más vergonzoso. Le esperé.

*Pausa.*

Los domingos, cuando Migueli iba a comer a casa de sus tíos, me arreglaba un poco más. Me ponía el delantal limpio. Me peinaba de otra manera. Como si eso fuera a cambiar algo.

*Pausa.*

Tres domingos seguidos sin aparecer. Al cuarto domingo pregunté a la señora por él sin querer, así, de pasada, que si sabía algo de su sobrino. Y ella me miró de una manera.

*Pausa.*

Con esa mirada lo entendí todo. Que ella lo sabía. Que quizás lo había visto venir. Que quizás hasta se lo había permitido. Una chica de servicio, la interna. Qué más da.

*Silencio.*

No dijo nada. Yo tampoco. Seguí sirviendo la mesa como si nada. Recogí los platos. Fregué la cocina y me fui a mi habitación. Si es que se podía llamar así a ese sótano húmedo y sin ventilación...

*Pausa.*

Y al día siguiente me levanté y seguí, porque no había otra opción. Porque madre necesitaba el dinero. Porque Feliciano estaba estudiando. Porque así funcionaba mi vida. Un pie delante del otro aunque por dentro estuvieras rota.

*Silencio largo.*

Nunca más hubo nadie. No porque no quisiera. Sino porque después de eso me costaba mucho creer que alguien me mirara sin querer quitarme algo.

*Pausa.*

Y así se fue pasando el tiempo. Sin darme cuenta casi. Un año, cinco, diez. Y de repente tienes cuarenta. Y luego cincuenta. Y el cuerpo que antes alguien miró ya no lo mira nadie.

*Se mira las manos otra vez. Luego el resto de sí misma. Con una extrañeza suave.*

Este cuerpo. Todo lo que ha cargado. Todo lo que ha fregado y doblado y resistido. Y nadie que lo haya querido de verdad.

*Pausa muy larga.*

**Nadie.**

*Silencio. Se acerca despacio a la silla de ruedas. Más que antes. La toca con las dos manos. Los mangos. Como quien toca algo que le pertenece y no le pertenece al mismo tiempo.*

*Las manos en los mangos de la silla. Quieta. Silencio, sólo se escucha los ruidos de la casa, que se sienta la incomodidad del silencio del momento y del público.*

*Para romperlo dramáticamente, como quien despierta súbitamente de una ensoñación. Moviéndose, estirando el vestido, planhando con las manos el delantal, la falda, que más que planchar la ropa con la mano, es como si espantara los recuerdos y el dolor de su cuerpo.*

Madre tampoco tuvo a nadie después de padre. Y mira que padre no era ninguna maravilla, según madre, claro. Pero era suyo. Era alguien que llegaba a casa aunque llegara tarde.

*Conecta con la nostalgia.*

Alguien que ocupaba espacio. Que hacía ruido. Que olía.

*Pausa.*

Eso es lo que no se dice de la soledad. Que lo que más se echa de menos no es el amor grande. Es el ruido de otra

persona en casa. El olor. El bulto en la cama. Saber que no estás sola en el mundo, aunque la persona que tienes al lado no sea perfecta.

*Pausa.*

Madre lo sabía. Quizá por eso le escribía cartas. No porque le amara con locura. Sino porque era suyo y se fue y el silencio que dejó no hubo manera de llenarlo.

*Se mueve despacio alrededor de la silla. La rodea. Desamparada de espaldas a la silla. Mirando al frente. Como si necesitara un momento para volver a habitar su propio cuerpo.*

## **MOVIMIENTO V - LA SILLA**

**DESAMPARADA:** Yo no tengo ni eso. No tengo cartas que escribir. No tengo a quién echarle de menos con nombre y apellidos. Solo tengo este vacío general que no sé muy bien cómo se llama.

*Pausa.*

A lo mejor se llama igual que yo. Desamparada.

*Lo dice sin dramatismo. Como si acabara de entender su propio nombre por primera vez.*

*Silencio largo.*

*Desamparada rodea una vez más la silla, despacio. Ahora algo es diferente. Se detiene detrás de ella. Pone las manos en los mangos.*

*Empuja levemente. La silla rueda un poco. La para.*

*Camina hasta ponerse delante. La mira de frente por primera vez.*

*Silencio largo.*

*Y sin anunciarlo, sin que parezca una decisión, se sienta en ella.*

*Quieta. Las manos en el regazo. Respirando.*

*Pasa tiempo.*

Qué raro.

*Pausa.*

Qué raro es estar aquí.

*Mira el espacio desde la silla. Todo cambia desde aquí. La altura, el ángulo.*

Así lo veías tú. Así era tu mundo. Desde aquí abajo.

*Pausa.*

Toda la vida mirándote desde arriba. Cuidándote desde arriba. Y nunca me pregunté cómo se veía el mundo desde aquí.

*Silencio. Algo empieza a moverse por dentro.*

Se ve grande. Se ve muy grande el mundo desde aquí.

*Pausa.*

Madre.

*Lo dice despacio. Como si la llamara de verdad.*

*Madre, necesito decirte algo. Algo que no te pude decir cuando estabas. Algo que no supe decirte. O que no me atreví.*

*Pausa.*

No me viste. Con todo lo que hice, con todo lo que dejé de hacer por vosotros, no me viste. Me viste fregar, me viste trabajar, me viste cuidarte. Pero a mí no me viste.

*Pausa. La rabia es quieta, no explosiva.*

Quince años tenía cuando me fui a trabajar interna. Quince. Para pagar a la hija de la vecina que te cuidara a ti y al niño. Para que hubiera comida. Para que Feliciano pudiera estudiar. Para que todo funcionara sin que nadie tuviera que preguntarse cómo.

*Pausa.*

Y tú nunca me dijiste nada. Ni gracias ni lo siento ni te echo de menos ni nada. Llegaba los fines de semana y todo seguía igual. Como si yo fuera el agua. Algo que está y que

cuando falta se nota, pero mientras está nadie piensa en ella.

*Silencio.*

¿Sabes cómo eran esas casas donde vivía? ¿Sabes lo que era irse el lunes por la mañana y no volver hasta el sábado por la noche? Un cuarto pequeño. A veces un sótano. Sin ventana. Sin nadie que preguntara cómo estabas. Limpiando, cocinando, cuidando hijos de otros. Y luego volvía aquí y cuidaba a los míos, a los hijos que nunca parí.

*Pausa larga. La voz se quiebra un poco pero no llora.*

Nunca tuve un sitio que fuera mío. Ni en las casas donde trabajaba ni aquí. En todas partes era la que servía. La que estaba para los demás.

*Silencio.*

Y tú lo sabías. Lo tenías que saber.

*Para de golpe. Algo le roza.*

¿O no lo sabías?

*Pausa. La duda entra.*

¿O sí lo sabías y no podías hacer nada?

*Silencio. Se mira las manos. Luego mira las cartas en la mesa.*

*Algo la tira hacia ellas. Se levanta de la silla despacio. Coge las cartas. Vuelve a sentarse.*

*Nuevamente desata el cordón rojo. Las pasa entre los dedos.*

Leí dos. Hay muchas más.

*Abre un sobre. Lee en silencio. Su cara cambia.*

*Lee en voz alta.*

"Antonio. Hoy ha venido Desamparada el fin de semana. Está más delgada. Le he preguntado si come bien y me ha dicho que sí. No la creo. Tiene una manera de decir que sí que parece que no."

*Para. Silencio.*

Me mirabas.

*Abre otra. Lee en silencio primero.*

"Antonio. El niño preguntó hoy por la hermana. Que cuándo viene. Que si puede quedarse más tiempo en casa. Que él quiere que le dé la comida ella, que ella lo hace diferente, con más cariño."

*Se le escapa una sonrisa.*

*Abre otra.*

"Antonio. No sé cómo decirle a la niña que no tiene que hacer esto. Que debería estar estudiando o viviendo su vida. Pero si no trabaja ella no como yo. No pago a Rosario. No hay nada. Y yo sin la pierna no puedo. No puedo Antonio. No puedo sola."

*Silencio largo.*

No podías.

*Lo dice sin rencor. Con algo nuevo, más suave.*

No podías y no me lo dijiste porque decirlo era admitir que me necesitabas. Y admitir que me necesitabas era admitir que me habías robado la vida sin querer.

*Pausa.*

*Y eso no lo podías decir.*

*Abre otra carta. Lee.*

"Antonio. La niña de Rosario ha venido hoy llorando porque su madre está mala. He tenido que decirle que se fuera a casa. Me he quedado sola con el niño tres horas hasta que ha vuelto. Tres horas. No puedo ni ir al baño sola. Qué vida tan perra, Antonio. Qué vida tan perra nos ha tocado a todas."

*Deja la carta en el regazo.*

A todas.

*Pausa larga.*

Qué vida tan perra nos ha tocado a todas.

*Silencio. Mira las cartas que le quedan. Hay muchas. No puede leerlas todas.*

*Las ata de nuevo con el cordón rojo. Despacio.*

Me viste... Me habías mirado y no supiste qué hacer con lo que veías. Igual que yo contigo. Igual que todas en esta familia.

*Pausa.*

No era no verme. Era no saber cómo decírmelo.

*Silencio muy largo. Desamparada quieta en la silla con las cartas en el regazo.*

Las casas donde trabajaba. Esas sí que no me veían. Esas sí que me borraban. Doce años con la señora Concha y nunca se acordó de mi nombre. Cuatro años con los Montilla aprendiendo lo que era una familia de verdad pero desde fuera. Siempre desde fuera.

*Pausa.*

Tú me mirabas y no podías decírmelo. Ellas podían decírmelo y no me veían.

*Silencio.*

*Se levanta despacio de la silla. Deja las cartas en el asiento.*

*Se queda de pie junto a ella. Las dos en el espacio.*

Necesito que alguien me cuide. Eso sigue siendo verdad. Estoy cansada. Eso también.

*Pausa.*

Pero no eras tú quien no me veía. Era el mundo.

*Silencio.*

Este lugar no puede ser mío (a la silla). No porque no me lo merezca. Sino porque no hay nadie detrás de mí.

*Se aleja de la silla. Por primera vez en toda la obra la deja atrás sin mirarla.*

**MOVIMIENTO VI - DESPUÉS DE LA SILLA**

*Desamparada de espaldas a la silla. Mirando al frente. Como si necesitara un momento para volver a habitar su propio cuerpo.*

*Respira.*

**DESAMPARADA:** Bueno.

*Pausa.*

Bueno.

*No es resignación. Es alguien que acaba de ver algo y necesita asentarlo.*

*Camina despacio. Sin dirección fija. Como quien ordena pensamientos mientras ordena pasos.*

Me miró. Toda la vida pensando que no me veía y me veía.

*Pausa.*

Y yo sin saberlo. Sin preguntarle. Sin abrir una sola carta de esa caja que ha estado ahí toda mi vida.

*Se para.*

¿Por qué no la abrí antes? ¿Por qué no le pregunté?

*Silencio. La pregunta flota.*

Porque en esta familia no se pregunta. Porque nadie me enseñó a preguntar. Madre no le preguntó a su madre. La abuela Angustias no le preguntó a la bisabuela Dolores. Y yo no le pregunté a madre.

*Pausa.*

Es lo que hay. Es lo que hemos heredado. No es una excusa. Es lo que es.

*Camina hacia la mesa. Mira las cartas atadas con el cordón rojo.*

Ella tampoco me lo dijo. Lo escribía para padre porque a padre sí podía decírselo. Porque los muertos no te miran a los ojos cuando les dices algo difícil. Los muertos no te

pueden responder ni juzgarte ni quedarse en silencio de esa manera que duele más que cualquier palabra.

*Pausa.*

Escribirle a un muerto es la única manera que encontró de hablar de verdad.

*Silencio.*

Y yo hablando con una virgen detrás de un cristal toda la mañana.

*Casi con humor. Se reconoce en su madre sin querer.*

Somos iguales. Hasta en eso somos iguales.

*Pausa larga. Algo se asienta del todo.*

No pude hacerlo diferente. Ella tampoco pudo. Feliciano tampoco pudo. Cada uno cargó con lo suyo de la única manera que sabía. Feliciano huyendo. Madre escribiendo. Yo trabajando y callando.

*Pausa.*

Nadie nos enseñó otra manera.

*Silencio largo. Camina despacio. Se aleja de la silla. No la mira. Como si necesitara darle espacio.*

Toda la vida ocupando lugares que no eran míos. El lugar de madre de Feliciano. El lugar de madre de mi propia madre. El lugar de la chica de la limpieza, el lugar de la que sirve y obedece. El lugar de la que espera. El lugar de la que da y recibe migajas o no recibe nada. El lugar de la que no merece a pesar de todo lo que da. A pesar de cuidar a los demás.

*Pausa.*

Y ahora esto. Sentarme en la silla de madre y darme cuenta de que ese tampoco es mi lugar.

*Pausa. Casi con humor suave.*

¿Cuál es mi lugar entonces?

*Lo pregunta sin angustia. Con una curiosidad nueva, casi limpia.*

*Silencio. Mira el espacio. La virgen. El teléfono. La caja con las cartas.*

No lo sé. A los sesenta años y no lo sé.

*Pausa.*

Pero quizás no saberlo tampoco es tan terrible. Quizás es la primera vez en mi vida que la pregunta es solo mía. Que no hay nadie a quien cuidar, nadie a quien responder, nadie que necesite que yo sepa la respuesta antes que nadie.

*Pausa larga.*

Solo yo. Con mi pregunta. Con mi espacio. Con esta casa que quizás no sea solo mía mucho tiempo más.

*Mira la virgen.*

Mañana viene a buscarte Don José. Y esta casa se va a quedar sin ti también.

*Pausa.*

Sin madre. Sin ti. Solo con la silla y conmigo. Ni siquiera los recuerdos estarán aquí. Están en todas las casas ajenas en las que he vivido y trabajado. Pero aquí solo está lo que imagino que pueden ser mis recuerdos.

Se acerca a la virgen. Le habla despacio, casi en confidencia.

A ver si el año que viene cuando vuelvas esto está un poco más claro. A ver si para entonces sé algo más de dónde está mi lugar.

*Pausa.*

O a ver si para entonces tengo el valor de llamar a Feliciano y decirle lo que hay. Que somos hermanos. Que esta casa es de los dos. Que hay que hablar.

*Pausa. Lo piensa.*

Mañana. Mañana cuando te lleven le llamo.

*No es una promesa grande. Es algo pequeño y real.*

*Silencio. Mira la habitación. La silla. Todo.*

Hoy no puedo más.

*Camina hacia la ventana. Mira fuera.*

Hace buena mañana. Qué cosa más rara. Que haga buena mañana.

*Pausa.*

No sé cuándo fue la última vez que salí a dar un paseo sin tener que volver corriendo. Sin tener que estar pendiente de nada. Sin que hubiera algo más urgente. Sin que yo tuviera que dejarme para atender a otro.

*Lo piensa de verdad.*

Hoy no hay nada más urgente.

*Pausa. Como si la idea fuera demasiado nueva para creérsela del todo.*

Podría salir. Dar una vuelta. Sin más.

*Mira a la virgen.*

¿Qué te parece?

*Pausa. Sonríe levemente.*

Claro, que tú no contestas. Que eres una estatua detrás de un cristal. Y creo estar volviéndome loca por hablar con una estatua.

*Sale del escenario quitándose el delantal hacia el dormitorio.*

*Vuelve con una chaqueta de entretiempo. Despacio. Sin prisa. Como quien hace algo por primera vez.*

*Se para antes de salir. Mira el espacio. La silla vacía. La virgen. Las cartas en la mesa.*

*Algo la detiene. No puede irse así. Todavía no.*

*Se acerca a la mesa con las cartas y la silla de los años 60. La arrastra despacio hacia la esquina del fondo. Luego vuelve a por la caja de cartas que están en la silla de ruedas. La coloca encima de la mesa.*

*Coge la virgen y la coloca encima de la mesa.*

*Coge el pedestal de la virgen. Lo arrastra también hacia la esquina. Coge la urna con la virgen y la coloca nuevamente en el pedestal.*

*Los otros muebles también los arrastra uno a uno. Despacio. Sin prisa. Como quien hace algo que debería haber hecho hace tiempo.*

*Se coloca cerca de la puerta de salida para ver con distancia lo que ha hecho.*

*Pausa. A la virgen.*

*Visto así parece que puedo ver mejor.*

*Mira la silla de ruedas, todavía en el centro del escenario. La única que no ha movido.*

*Se acerca. La mira.*

*La arrastra hasta la esquina junto al resto de muebles.*

*Vuelve a la puerta. Mira.*

*No está convencida.*

*Vuelve. La arrastra más lejos. Cerca de las bambalinas.*

*Mira desde la puerta.*

*Mejor.*

*Sigue sin estar del todo convencida.*

*Vuelve a la silla. La mira un momento.*

*A la virgen, casi en susurro.*

*No te preocupes. No te voy a dejar en un rincón amontonada con muebles. Pero tampoco puedes quedarte ahí en lo alto.*

*Mira el espacio sin la silla.*

*Silencio. Solo el sonido de la casa.*

*Coge la urna de la virgen.*

*La saca del escenario.*

*Silencio. El escenario casi vacío. La caja de cartas sola en la mesa.*

*Entra después de unos segundos. Parece otra persona. Más erguida. Caminando con más seguridad.*

*Se para en el centro. Respira.*

*Puede respirar.*

*Alza la voz hacia las habitaciones, para que la virgen la escuche.*

*Ya vengo. Voy a avisarle a Don José que mañana no voy a estar. Que venga a buscarte antes del atardecer.*

*Pausa. Mira la caja de cartas en la mesa.*

*Se acerca. La coge. La sostiene un momento.*

*Esto me lo quedo yo.*

*Guarda las cartas en la caja y la deja en la mesa con cuidado.*

*Mira el espacio una última vez.*

*Esto habrá que arreglarlo. No se pueden dejar las cosas en una esquina y pretender que no están. Hay que buscarles su lugar.*

*Pausa.*

*Sale despacio. Sin mirar atrás.*

*El escenario vacío. La caja de cartas sola en la mesa. El sonido de una casa que respira.*

*Oscuro.*

*Fin.*